

Calle Verdaguer

Esta calle que está dedicada a la memoria del mejor poeta catalán, Mossén Cinto, tiene su inicio en la Rambla Vidal y fine en la calle Maragall, cruzando en su recorrido las de San Lorenzo, Santo Domingo y San Antonio. Su longitud es de 125 metros y su anchura de 5 metros. La cifra más alta en la numeración de las casas de la calle, es la n.º 24.

La calle Verdaguer es casi recta, su piso es de asfalto, posee aceras y el alumbrado es a base de focos centrales.

Es una calle comercial por excelencia, contándose en su transcurso no muy largo, hasta 20 establecimientos de muy diversa especialidad. Sus casas son altas llegando a contar con con cuatro pisos una de ellas.

Por dedicarse a la venta de discos gramofónicos dos de las tiendas de la calle, y tener la costumbre de hacer propaganda a menudo, de tal artículo, frecuentemente se escampan por el ambiente de la vía los sones más contrapuestos, desde el último «baiao» de moda hasta la sardana más melódica. Recientemente, y en el cruce con la calle San Antonio se ha instalado un monumental reloj comercial iluminado que es consultado continuamente por el vecindario y transeuntes.

El tránsito de la calle Verdaguer, a pesar de ser importante, no lo es en grado tan superlativo como en sus calles «rivales» de Rutlla y Mayor; no obstante, existe un día de la semana, el domingo por la mañana, en que el número de sus viandantes se eleva extraordinariamente. Se trata de gran parte de las amas de casa guixolenses que van o vienen del mercado. Resulta curioso comprobar entonces que mientras los capazos y bolsas de quienes pasan en dirección a la Rambla Vidal están vacíos completamente, los de las personas que se dirigen hacia la calle Maragall están llenos a rebosar.

LUPAXA

Avencora

San Feliu de Guixols 19 de Julio de 1956 Núm. 443 Año IX

Desde la Ciudad de los Condes

En la muerte de Giovanni Papini

El gran escritor y filósofo italiano Giovanni Papini ha fallecido. Esta es la noticia leída en la prensa diaria. El gran estilista de la verdad, torrente de cristianismo constructivo y combativo, ha dejado de existir en su Florencia natal, patria de colosos, siempre en lucha con épico encono por situarse más cerca de Dios y mejor servirlo. Florentinos fueron Fra Angélico —nacido en Vicchio di Mugello pero florentino en su grandeza artística— maravilloso pintor de la inocencia; Dante, poeta de verso herculeo y definitivo; Miguel Angel Buonarotti, el escultor genial cuya obra de un ritmo tenso y aplastante no ha sido superada; Donatello, aliento constante en la escultura del Renacimiento, y tantos otros como podríamos enumerar que forman la corona nutricia de Florencia, patria de grandes hombres, verdaderos esforzados del vadallar de la civilización occidental.

Papini, que en su juventud fué un ateo convencido, ha legado a la Iglesia uno de sus libros máximos, su maravillosa «Historia de Cristo», que fué precisamente el arma que esgrimió en su ruidosa conversión. Esta obra, avasalladora en su forma, y genial en su contenido, a pesar de las inevitables inexactitudes doctrinales hijas de la vehemencia y la fogosidad, es una pieza maestra que ha obrado como revulsivo en las conciencias que andaban dudando, y de una forma inapetente, por los caminos inmarcesibles del espíritu y de la fé.

Papini escribió durante su vida más de sesenta obras, un opus amplísimo que comprende, poesía, ensayo, crítica, en las cuales su pluma obrando como estilete diseccionó al hombre, enfrentando al problema indisoluble de su mente finita. Humanismo cortante, responsable es el de Papini no humanismo ideal e inoperante. Su gloria la debe a la cadencia de sus temas y la forma dramática y congruente con que atacó siempre a los más difíciles, ahí tenemos su último libro «El diablo» alrededor del cual han nacido y nacen ruidosas polémicas. La Iglesia ha puesto reparos a esta obra, en la que Papini nos habla de la salvación final del diablo, más no ha sido incluida en el índice.

Su «San Agustín» biografía del espíritu del sabio obispo de Hipona, «Miguel Angel» vida del coloso florentino atormentado constantemente por su propia grandeza. «Gog» «El libro Negro» «Cartas del papa Celestino VI a los hombres», y tantas otras han cimentado de modo finitivo la obra de este genio de las letras y del pensamiento.

Decimos ahora este genio bien alto, ya que por desgracia se emplea este calificativo de una forma harto gratuita.

Rapidamente hemos pergueñado este esbozo del pensador florentino, aunque brevemente, como tributo a este rector del espíritu.

Luis Bosch C.